

El vino es memoria embotellada

Bajo el cálido sol de la añoranza, el viñedo se extiende como un manto verde y dorado, tejido por los dedos del tiempo. Sus vides, ancianas y sabias, alzan sus hojas arrugadas como manos que anhelan retener cada rayo de sol que las acaricia. La tierra, madre fiel, sostiene las raíces con cariño y memoria, como un relicario de secretos susurrados por las primeras lluvias.

"El vino es memoria embotellada", solía decir el anciano dueño del viñedo, cuyos ojos destilaban sabiduría como las barricas añejas destilan el néctar de la uva. Sus palabras eran como destellos de luz en el crepúsculo, como los momentos fugaces de un primer amor que aún palpita en los recodos del corazón.

El vino fluye como ríos de nostalgia en las copas, y cada sorbo es un viaje a aquel rincón de la tierra donde nació el amor adolescente. Las notas de la uva se funden con las melodías de aquellas tardes doradas, y las estrellas en el firmamento parecen parpadear con complicidad, como viejos amigos que guardan secretos compartidos. Así, en cada brindis, en cada chispa dorada del vino, se entrelazan las historias de la vid y el vino con la eterna melodía de un amor que perdura en los pliegues del tiempo como un cuento de añoranza y pasión.

Vitis

DI-VINO

Ayer enterramos a mi padre. Lo metimos en una caja de madera sin decoración, que depositamos a cuatro metros de profundidad en una esquina de nuestra viña. Nos llevó toda la jornada. Cuando las hojas rojizas de las parras parecían soltar llamas con la luz del crepúsculo, vimos una figura aproximarse a la bodega.

—¡Hoy está cerrado! —le gritó mi hermana.

El hombre levantó los brazos como si se rindiera ante un enemigo.

—¡Solo necesito un poco de vino para continuar viaje!

No sé qué me impulsó a concederle su deseo. Habíamos acordado cerrar durante una semana y yo estaba especialmente afectado por nuestra pérdida. Pero, cuando quise darme cuenta, había invitado al visitante a entrar a la bodega y le estaba sirviendo una copa. Noté la mirada acusadora de mi madre y mis hermanos mientras el desconocido, fondón y de nariz colorada, degustaba el vino como si fuera ambrosía.

—La Mencía nunca decepciona —comentó con un extraño acento, quizá griego.

Se terminó la copa de un trago.

—Espero que hayas disfrutado del Gran Reserva —dijo mi madre con sorna.

—Mucho —contestó él, jovial.

Cogió su mochila y se dirigió a la salida.

—Bendigo esta bodega y deseo que vuestra vid crezca fuerte y hunda sus raíces en los huesos de vuestro padre.

Nos quedamos de piedra ante esa declaración. No pronunciamos palabra mientras lo veíamos alejarse.

—¡Baco siempre agradece la hospitalidad! —añadió antes de desaparecer trotando por el camino.

Niraye

ME LO DESCORCHAN ELLOS

El otoño en el Valle del Silencio es mágico, ya lo verás estos días.

Juanita corta un queso curado en cuñas, esparce uvas y nueces en una bandeja de madera, prende el incienso y coge un vino tinto, algo cubierto de polvo, de la pequeña bodega. En verano terminó por fin de restaurar la vieja casa de sus abuelos: se dejó las uñas, la piel y el alma en darle una mano de pintura, arreglar el tejado y resucitar muebles. Ahora, la vida volvía a bullir en aquel hogar de piedra en el corazón de Peñalba de Santiago.

Durante todo aquel tiempo, mientras arrancaba matojos del jardín, plantaba las hortalizas de invierno, secaba flores para los jarrones entre antiguos libros o ponía a funcionar la vieja cafetera azul, a Juanita le parecía escuchar la voz de su abuela, dulce y ronca a sus espaldas. *Qué bonita la has dejado, cariño.*

Hoy era la primera vez que llevaba a Marisa al rincón donde se quedaría a vivir. El lugar que la había visto nacer, tropezar, subirse a los árboles, coger bayas, jugar con los gatos, hacerse mayor. Su sitio en el mundo.

Marisa, con un apetito voraz ante el queso exquisito y el atardecer melancólico de otoño, busca y requetebusca el sacacorchos por los cajones de la cocina.

No te preocupes reina, que ya me lo descorchan ellos.

Y el vino, por arte de magia, está abierto.

Pseudónimo: Idgie

LA BODEGA

Caminando lento encuentro un sendero desconocido para mi, decido internarme en él y tras varios minutos apartando la maleza, descubro un pequeño claro y al fondo una casa abandonada. La vista es maravillosa, el día es caluroso y me acerco más para apreciar esa imponente edificación que parece que estaba ahí esperándome, invitándome a que la descubriese. Las paredes de piedra cubiertas de vegetación que parece que pretende engullirla, pero que resiste sus envites y se muestra fuerte en su ruina.

La puerta está entreabierta y me adentro para ver que oculta en su interior. Inmediatamente un olor a polvo, humedad y cerrado invade mis fosas nasales. La luz se cuela por los grandes ventanales y a través de un gran agujero que se abre en el tejado. La estancia es grande y diáfana, evoca en mí imágenes de un tiempo pasado en el que la casa sería grandiosa, recibiendo a varios invitados y llena de vida.

La luz me guía hacia una puerta de madera de roble, la empujo y bajo varias escaleras. Cada vez el olor a humedad es más fuerte, pero se entremezcla con aromas de madera, corcho y vino. Efectivamente llego a una gran bodega, hay almacenadas varias botellas, detrás de unas barricas antiguas. Cojo una de ellas y observo que está llena, sonrío... acabo de encontrar un gran tesoro.

Quebejg.